

PÓSTER BUSCA PARED

Rapsodia finisecular para un insecto con frío

Félix Acosta Fitipaldi

Copyright © 2012 Félix Acosta

All rights reserved.

ISBN-13: 978-1508834236

ISBN-10: 1508834237

*A María de los Ángeles Veiga
compañera de todas las horas*

*A Paula y Melissa
nuestro orgullo y dulce continuidad*

INTRODUCCIÓN

*En el sueño verde de la hoja húmeda
el insecto defiende su vida durante la lluvia*

Recostada sobre el Río de la Plata y de espaldas a una amplia pradera permanece, inalterable a través de los años y orgullosa cual jovencita humilde pero bien educada, la ciudad de Montevideo. En ella, nuestro hogar, conocí a Mariana a principios del año 2002.

Sorprendidos por la crisis económica de Argentina y como quien señala la fealdad ajena sin haberse contemplado el rostro, percibimos en nuestro propio suelo desgracias semejantes. Tal sería desde entonces nuestra cruz, consecuencia de treinta años de políticas económicas desatinadas que en gran parte respondieron a intereses ajenos al bien común.

En semejante escenario el estoque final sería asestado por oligárquicas familias a través de sus bancos. Multimillonarias estafas con las cuales sentenciarían a sus ahorristas y al resto del pueblo uruguayo a un futuro incierto. La páfida ambición de los más pudientes hería de muerte a los más necesitados e indefensos.

Amparando la cruel paradoja, un tragicómico presidente ocultaba su desesperación bajo una máscara de falacias y sonrisas, manteniendo una absoluta sangre fría al hacer equilibrio entre la irresponsabilidad y la desidia.

En lo personal y por fortuna, en medio de esa zozobra apareció Mariana en mi vida. Entonces mi amargura, cargada de incipientes deseos de marcharme a cualquier otro sitio del mundo, se aplacó de milagrosa forma.

Cuando la conocí todavía estaba enfervorizado por la plástica, pretendía pintar y todo mi tiempo libre lo dedicaba a Bellas Artes.

Me ganaba la vida en un reparto de cerveza y también durante aquellas horas ejercitaba mi pasión observando con detenimiento cada afiche, graffiti o cartel de propaganda que aparecía en la ciudad.

Meses más tarde han variado mis predilecciones vinculadas al arte. Por el momento escribo, pero mi ambición es dedicarme a la música y me importa un rábano que mi padre me trate de irresponsable y veleidoso. Después de todo... ¿De qué se queja? Ni siquiera se me pasa por la cabeza dedicarme a la escultura o el teatro.

Me siento sensible, capaz de transmitir cosas, y mucho más después de conocer a Mariana e intuir a la mujer del piano.

Esta suerte de musa mía a quien denomino “mujer del piano”, presentida cuando aún ignoraba la capacidad de mi oído musical, fue la amiga invisible que adopté en la juventud por no haberla tenido en la niñez.

Al pasar a diario ante su casa podía escuchar los acordes diáfanos de sus composiciones y con frecuencia, si no estaba muy cansado luego del trabajo, hacía allí una pausa en mi camino y fumaba un cigarrillo recostado a un farol cercano.

Supe desde el primer día que quien interpretaba las melodías era mujer. Sólo en grabaciones había escuchado composiciones tan afinadas, y me preguntaba quién sería el autor o si acaso le pertenecían. En mi imaginación sus manos, su mentón moviéndose apenas al compás, sus piernas finas vibrando como las cuerdas de su instrumento no dejaban dudas: era mujer. Quería conocerla con la temerosa ansiedad de saber que encontrarla podría desilusionarme o maravillarme: tal incertidumbre no dejaba de ser soportable.

Aunque jamás dirigía la palabra a personas desconocidas una tarde en el ómnibus sentí la imperiosa necesidad de hacerlo, y fue la primera vez que le hablé a Mariana de la mujer del piano. En realidad fue la primera vez que le hablé de algo. Al verla subir en esa parada

estuve seguro que ella era aquella misteriosa mujer de mis pensamientos. Cuando aseguró que jamás había intentado ejecutar ningún instrumento le pedí que me permitiera continuar suponiéndolo: en ella intuía la misma música y la veía tan sensible como imaginaba a la melómana desconocida.

–Ni siquiera vivo cerca, –aseguró– debí venir hasta la casa de mi jefe, abrirle a la muchacha de la limpieza y dejarle las llaves. Él tiene la vida complicada, su mujer está internada con una enfermedad terminal. Además no creo que yo regrese por aquí, así que será muy difícil que volvamos a vernos.

–A menos que queramos –exclamé de inmediato y ella sonrió.

–No –dijo. –A menos que yo quiera –y recalcó su “yo” no sólo elevando el tono de la voz, sino también señalándose el pecho con el pulgar.

No me agradó su respuesta. Después de todo no era especial ni bonita, y esa especie de orla o magnetismo personal percibido al primer golpe de vista había desaparecido de pronto. Estuve a punto de enviarla a verse en un espejo pero permanecí en silencio unos segundos hasta que volvió a sonreír agregando:

–Y tal vez quiera... pero no estos días. Mejor dame tu número y cuando pueda te llamo.

Como por encanto reapareció el brillo que la envolvía, en tanto, yo lamentaba ser de los pocos que aún carecía de celular. Pronto llegaría a comprender que esa especie de esplendor lo manejaba a su antojo, mediante gestos imperceptibles de su rostro y relámpagos de sus ojos.

–¡Tampoco yo! –dijo poniéndose de pie –Y debo descender. Adiós.

En un abrir y cerrar de ojos la veía saludarme con la mano desde la vereda mientras el coche continuaba su ruta. Luego, viendo como el Palacio Legislativo se empequeñecía en la distancia, me sentí como un insecto miserable que, buscando alimento sobre una glauca hoja, se sorprende envuelto por una inmensa y helada gota de rocío.

La había olvidado por completo, y ni siquiera pensaba en ella al recordar a la mujer del piano, cuando volví a verla seis meses después, tras el asalto al negocio donde trabajaba.

Pero antes del mencionado asalto y de la muerte del señor Miguel, su patrón; antes del silencio de la mujer del piano y que Mariana y yo realmente nos conociéramos, iniciando una fuerte amistad, estaban esas cosas, reales o no, que cargábamos en el morral, Mariana sobre Ojostristes y yo a propósito de la mujer del piano.

La vida se nos va con tanta celeridad que al mirar atrás los recuerdos se presentan como zarpazos de luz casi deslumbrantes, relámpagos aislados sin los detalles que los provocaron, ni sus consecuencias si han sido triviales; fotografías en resumidas cuentas, hitos en el camino, nada más.

Como en entregas episódicas Mariana llegaría a relatarme su año anterior a conocernos, del cual referiré cuanto pude saber sobre su relación con el tal Ernesto Miguel, y transcribiré sus esbozos de “Póster busca pared” inherente a Ojostristes, ejercicio literario que dejó inconcluso poco antes de conocerme y que al irse a su experiencia europea resignaría en mis manos.

Conjeturando que las cosas no son casuales, tras leer el título de las magras hojas con las que Mariana pretendía recrear una historia me aboqué a la lectura, intentando encontrar en alguna parte elementos que con claridad me remitieran al protagonista. Y aunque lo entiendo aludiendo a su carencia de referentes y su búsqueda de apoyo, algunas veces creo que va bien por ella y otras por mí... También podría aplicarse a un país que persigue una identidad o un nuevo destino.

Durante la ausencia de Mariana decidí agregar a sus apuntes retazos de mi vida, suponiendo que al regresar y leerlos dispondría de una amalgama con rastros de mis experiencias. Es por eso que apenas se verán las aureolas de los sucesos, vistas parciales de la realidad, ecos escurridizos que, como luces en remotos horizontes, van ampliando con lentitud la magnitud de profundas vivencias.

UNO

El insecto mojado

Agosto 2000

Al conocer a Ernesto Miguel se le ocurrió pensar que quizás llegaría a tener con él muchas conversaciones, un romance, acaso sexo, y tal vez hasta le fuera posible develar alguno de sus secretos. Como ella misma entendía, eran resabios de la adolescencia, interés de evaluar la propia capacidad para manejar la seducción, neto afán trasgresor al fin de cuentas.

Lo descubrió en el consultorio de su dentista esperando turno tan aburrido y temeroso como ella. Vestía su normalidad con su eterno uniforme de vivir: camisa y corbata; prendas de uso que ella consideraba perimidas. Se veía demasiado juvenil y displicente para su edad, pues si bien parecía no pasar los cincuenta denotaba que la torta de los cuarenta la había disfrutado unos cuantos años antes. Lo cierto es que aparentaba menos, quizás por su cabello corto de raya a un costado que llevaba a evocar alguna perenne fotografía de Carlos Gardel.

La apariencia del hombre revelaba prosperidad y equilibrio, pero algo desentonaba en el conjunto. Así lo entendió Mariana, quien no tardó en descubrir la causa: los ojos. Jamás se había cruzado con una persona de mirada tan patética. Recordó un cachorro labrador que había tenido de niña y su acuosa forma de contemplarla cuando ella se iba al colegio.

Su curiosidad provocó que sus miradas se cruzaron varias veces, ella permitiendo a sus ojos rozar los del hombre algo más de lo habitual entre dos desconocidos. No lo hacía hasta el extremo de parecer interesada, pero sí lo necesario como para descubrir tres ingredientes que la atraieron y que a su turno afloraban en un rostro por demás expresivo: picardía, tristeza y retraimiento.

La segunda vez que se toparon en el odontólogo ella tomó provecho de la gran afluencia de pacientes para sentarse a su lado sin llamar la atención. Al hacerlo comprendió que ya sus miradas no se cruzarían y de inmediato inició una conversación. Yendo de un tópico al otro el hombre mencionó su necesidad de contar con una persona para atender la contabilidad y los clientes de su pequeña firma. Ella aseguró llevar cierto tiempo buscando empleo para consolidar su independencia. Acordaron unas semanas a prueba.

Dos meses después se habían habituado uno al otro. A él sólo le interesaba que esa muchachita menuda y para nada llamativa cumpliera con las tareas administrativas que su empresa de instalaciones eléctricas requería. A ella, la atracción inicial la había abandonado al saber la verdadera edad del hombre: con sus veinticinco podría haber salido con un cuarentón pero cincuenta y dos le parecían excesivos.

Una vez sumergidos en un marco de mayor confianza ella lo creyó arrogante y casi ofensivo. Algún tiempo después descubriría los rasgos humanos más notorios de Ernesto Miguel: juicio, ternura y egoísmo. Llegando finalmente a vislumbrar, a través de actitudes del hombre, la necesaria existencia de la muerte.

El contacto diario los fue llevando, con sumo sigilo, al ámbito de intimidad que levantaría el velo de sus vidas particulares, sus anhelos y frustraciones. Fue entonces cuando Mariana, con intención de ejercitar y conocer mejor el alcance de sus habilidades, comenzó a escribir la historia de Ojostristes.

1960 Archivos de Prensa: El gobierno brasileño traslada la capital a Brasilia, ciudad construida en medio de la nada y con aspecto futurista.

Los muros grises, sépticos, llenos de ralladuras y desbordes de humedad protegen a “Ojitos tristes” del mundo exterior y lo dejan indefenso en la interna ebullición del orfanato. Tímido y discreto, inventa sus precarios juguetes de madera que siempre alguno más grande destruye sin motivos. Lo único que puede llamar propio es el calzado usado que reciben de donaciones, pues si bien la ropa pertenece a todos, las mejores prendas siempre las eligen otros.

Tiene la eterna sensación de estar en medio del campo de batalla de una guerra ajena en la cual no le interesa participar y donde no siempre encuentra un escondite. A pesar de eso suele responder los golpes sin dejarse doblegar, aunque de antemano sepa que perderá la lidia. De ese modo ha conseguido mantenerse apartado de los principales escándalos, pagando el precio de la marginación sin llegar a obtener una amistad fuerte con nadie.

Cierta mañana de inicios de los “sesenta” ingresó Mauricio “El corte”, que no era huérfano como él. Al no poder contener su personalidad inquieta y transgresora sus padres, siguiendo el consejo de las autoridades, lo han enviado al reformatorio infantil. Luego de varios sucesos delictivos menores pretenden impedir una escalada que agrave definitivamente su existencia.

Mauricio tiene once años pero es más fuerte que todos los de su edad. Ya el primer día con sus bravuconadas se las arregló para atormentar a tres de los más discretos.

“Ojitos tristes” sabe que él está en el mismo camino de aquellos, mas no le importaría golpearse con Mauricio pues no le teme a mano limpia. Sin embargo “El corte”, a pocos días de su llegada, hace ostentación de una afilada hoja de cuchillo que se ha ingeniado para mantener oculta entre sus ropas. La ha dejado ver para amedrentar a los más grandes y le ha dado resultado.

A eso sí le teme “Ojitos tristes”, y con disimulo ha procurado evitarlo todo el tiempo. Le resulta difícil ser así. Se siente mal

consigo mismo y sabe que en cualquier momento se le va a plantar de frente rechazando cualquier abuso.

En el comedor Mauricio se ha sentado a su lado. El alimento que allí reciben es malo y escaso y "El corte" está acostumbrado a una dieta más abundante. En un descuido del guardia pretende parte de la ración de Ojitos tristes, quien lo rechaza apartándolo con el brazo y notoria brusquedad. Mauricio se sonríe y le palmea el hombro en un gesto amistoso mientras le dice:

—Esta noche en el dormitorio se te van a ir las pavadas —y con el cuchillo hace un gesto contra su cuello. Los demás simulan normalidad procurando no ver hacia allí mientras el matón, de un zarpazo, toma parte del almuerzo del niño que está a su otro lado. Esa tarde, a sus doce años, "Ojitos tristes" se fugó por primera vez del orfanato.

Octubre 2000

La situación de Mariana al ingresar a la empresa de instalaciones eléctricas si bien no era muy halagadora tampoco daba para alarmarse. Tenía proyectos, iba hacia ellos como su empleador ha de haber marchado alguna vez hacia los suyos. En lo que él era desesperanza e indiferencia en ella eran ilusiones y expectativas.

Mariana siempre fue más bien delgada. Entonces llevaba un bien cuidado cabello corto, brillante, y de aroma agradable. Solía afirmar que lo importante era la personalidad, y allí pretendía radicar su verdadera belleza. Al verla, y por ese aire entre andrógino e intelectual que mantenía a ultranza, cualquiera diría que no le interesaba atraer al sexo opuesto... a no ser que se la hiciera sonreír, entonces parecía de llenarse de azahar el aire, se diría que poco

faltaba para la primavera y se tomaba conciencia de cuan necesarios son los besos de unos labios tiernos.

Vivía con el hombre que quería y sabía que cada noche dormiría a su lado, palparía su calor y permitiría que su presencia aportara la seguridad que aún necesitaba. Pero sabía que ese adorado joven de sus sueños en la vida real no guardaba hacia ella semejantes sentimientos. Por tal motivo mantenían una relación libre y de puertas abiertas donde las preguntas estaban de más, como si apenas compartieran las llaves y el tiempo sobrante.

Estando abatida se veía a sí misma como el perro que nos recibe al llegar a casa con la lengua afuera y la cola batiendo aire. Si estaba bien de ánimo ocurría lo contrario, se decía que él la necesitaba pues de no ser así ya la habría abandonado. Intuía que su compañero salía con jóvenes más hermosas, con suaves entrepiernas llenas de urgencias ofreciéndosele; no más interesantes ni tan inteligentes, sólo más atractivas y huecas.

De todas formas continuaba ensayando desde su frágil relación la convivencia y, como fuese el lío, permanecía más tiempo que cualquier otra junto a él. Se conformaba con que de vez en cuando le tocara su ración de ternura y con ello creerse feliz. Cuando no, le bastaba un porro humeante entre los dedos, incienso, y esos sueños que aunque nos consta son irrealizables, tanto nos complace seguir hilvanando para tolerar las noches tristes.

¿De qué vale amar? –se dijo alguna vez– Los hombres no saben querer. Para no sufrir, una mujer debe tener el corazón tan duro como los hombres y jugar sus mismas cartas.

De acuerdo a conversaciones telefónicas que no pudo escuchar cabalmente, Mariana comenzó a sospechar que su empleador también frecuentaba mujeres al margen de su matrimonio. El tono de su voz cambiaba haciéndose inaudible para ella, el brillo de sus ojos, la sonrisa pícara curvando la comisura de sus labios... Muy pocas dudas tenía y aunque tal era la realidad, la muchacha cayó en el error de suponer que el hombre no amaba a su esposa.

Tiempo más tarde él le aseguraría, sin demasiado convencimiento, que jamás se involucraba afectivamente con sus ocasionales queridas, cuidándose de poner algo más que su miembro en lo que consideraba un mero intercambio sexual.

–En estos casos es necesario dejar a un lado el corazón –diría pretendiendo indulgencia.

–¿Y ellas lo aceptan?

–¿Por qué no? ¿Acaso hay diferencias entre un hombre casado y uno sin compromisos?

–¡No es lo mismo! ¿Cómo podría afirmar lo contrario?

–Veamos. Nada hay que asegure a una mujer que pueda encauzar su vida junto a un hombre soltero. Hasta podría durar menos a su lado de lo que estaría junto a uno casado. El hombre casado arriesga la estabilidad de su vida, por supuesto incompleta, pues de tenerlo todo en su matrimonio no lo buscaría fuera. Está dando a su amante la oportunidad de conquistarlo, de enamorarlo, de hacerle comprender que a su lado será más feliz de lo que lo hace su esposa.

–¡Cuanta hipocresía! Me asquea. Pero así son los hombres, ya lo sé.

–Hay más. Un hombre casado debería ser para toda mujer un desafío más interesante que el de relacionarse con uno soltero o divorciado. Un hombre divorciado cuenta con un fracaso en los menesteres matrimoniales, y nada asegura que no reincida también en separarse. Un hombre soltero, de cierta edad por supuesto, digamos que cuarentón, si aún no contrajo enlace es que muy bien le sienta la soltería y puede resultar difícil amarrarlo a un tálamo. Pero el casado... ¡El que permanece casado ha sido domesticado! Supo adaptarse a la convivencia, enemiga acérrima del amor!

Ella se limitó a menear la cabeza como lo haría quien acaba de oír una mentira elaborada con esmero. A ese argumento no le otorgaba ninguna validez, el matrimonio no entraba en sus cálculos de futuro inmediato. El amor sí.

Lejos de quedarse con aquello Mariana se preguntaba: *¿Qué sentía ella al oírlo llegar por la madrugada, quizás emanando el resabio del perfume de su querida de turno y cayendo rendido a su lado cual cerdo degollado?* Así imaginaba la escena, de algún modo emulando sus propios celos y experiencia. *¿Y los fines de semana cuando hacía viajes de negocios que a ella constaba no existían?* *¿Se permitían un status quo basado en el disimulo por un lado y la apatía por el otro?* *¿O era una pareja como la suya, donde la entrega era tan desapareja?*

Aunque para cada una de aquellas preguntas la muchacha elaboraba una respuesta, las claves de aquella historia le irían llegando cual piezas de rompecabezas; acertijo sin solución pues siempre quedará algo por decir de la vida de una persona: cosas ocultas, íntimas, secretas, detalles que preferimos soslayar o dar calidad de inexistentes. Y se dirán otras mentidas, inventadas, supuestas, porque al cabo la gente siempre habla y la imaginación es portentosa.

Entonces Mariana abarcaba pedazos de la realidad de su jefe, palpaba los bordes de su oscuridad interior comparando su propia situación con la de aquella mujer desconocida, con la cual él compartía el resto de sus horas. Sería andando el tiempo cuando llegaría a ver, sin procurarlo siquiera y también sin sospecharlo, los guiñapos de su luz, de esa luminiscencia que todos los seres llevamos pero tan bien solemos esconder.

En tanto atendía el teléfono y, cuando la querida de turno se impacientaba, mentía sobre su paradero, comenzaba a sentir por las aptitudes sexuales de Ernesto Miguel la misma curiosidad concebida ante alguna promocionada película que no siempre lograba ver. Daba por descontado que así ocurriría en este caso, que terminaría olvidando la sinopsis sin haber llegado al cine.

Sus pretensiones literarias de a poco adquirirían color. El texto iniciado se iba extendiendo y luego de haber descartado varios géneros por obvias razones: cuento corto, relato y nouvelle, suponía

ahora estar ingresando en la narración de una novela. Aunque aún no comprendía que Ernesto era la enzima estimulante de la reacción fermental, tenía sí plena convicción en cuanto a que el entorno de su nuevo trabajo obraba como catalizador.

Había cambiado por completo varios bocetos de un protagonista ficticio y el nuevo perfil que adquiriría la conformaba más. Aun no sabía muy bien dónde iba pero su personaje era palpable y los restantes parecían cobrar vida y caminar con impulso propio. Del mismo modo, no llegaba a imaginar el final ni se decidía del todo por el título, al cual consideraba de vital importancia. Había descartado “Calendario” y “Crónica de un solitario”: no la satisfacían y continuaba buscando.

Iba quedando atrás el día que entregó a Ernesto sus relatos menores, ajenos por completo a lo que ahora tenía entre manos: –Atrapo ideas en la noche luego de apagar la luz –había dicho entonces –y por eso debo superar el fastidio de volver a encenderla si se hace necesario rescatar lo que ha desfilado por mis pensamientos. Cuando llega una idea es cual mosquita tenaz, insiste y molesta exigiendo un manotón. Si quiero hacer otra cosa o si no puedo atenderla mortifica tanto que debo dejar lo que tenga, entre manos o entre sueños, y escribirla o grabarla para no perderla. Cuando no lo hago me digo que si es buena volverá... por eso no siempre regresan.

Apoyando el rostro sobre alguna de sus manos acodada al escritorio él la observaba con curiosidad mientras meditaba en sus propios asuntos.

–He tenido la fortuna de no haber sufrido jamás el síndrome de la hoja en blanco. ¿Entendés? El pavor a la ausencia de la musa que suelen tener quienes escriben. Es más, creo que la hoja en blanco trata de evitarme a mí, pues cuando se me ocurre algo interesante por lo general no la tengo a mano. Así que las mejores imágenes que he tenido alguna vez se han escurrido durante el lapso que va de la idea a la posibilidad de desarrollarla. Al menos, y supongo que así ha de ocurrir con todo escritor, exploro mis infiernos sintiéndome en el

paraíso. Eso de por sí ya es obtener mucho con muy poco. ¿No te parece?

–De acuerdo, leeré tus relatos. Pero no me apures, de joven leía bastante pero estos últimos tiempos he perdido la costumbre. ¿Llegaron los suministros que pedimos ayer?

Días después, las palabras de Ernesto referentes a sus escritos, le ofrecieron a Mariana la gloria que tal vez la realidad jamás llegaría a otorgarle. Por tratarse de elogios cuyo merecimiento es dudoso mejor será dejarlos de lado. Sí fue notorio el efecto que le causó, su orgullo se vio robustecido y se aplicó a su inclinación literaria con máxima actitud.

1965 Archivos de Prensa: Cassius Clay le ofrece revancha a Sonny Liston y lo vence en el primer asalto.

Llevando días de mucha calle y poco pan “Ojitos tristes” se arrima al pretil del puente junto al cartel que reza: “Bienvenido al Departamento de Canelones”, y observa el agua turbia del arroyo Carrasco correr debajo con el mismo andar cansino que él va cargando.

En su huida anterior no había llegado tan lejos, ahora comenzaba realmente a sentirse libre. Tras caminar solo todo el día, mendigando aquí y allá, la fatiga había comenzado a acompañarlo. Estimó que serían algo así como las dos de la tarde y decidió cruzar el puente para sentarse a reposar del otro lado.

Nunca había salido del Departamento de Montevideo y pensar que quizás se sintiera diferente estar del otro lado le hace recobrar energías. Es posible que allí la gente sea más buena, los perros no ladren ni muerdan a los vagabundos, los panaderos obsequien

bizcochos y en los bares, en lugar de echarte cuando pides agua, te acerquen un refresco. Su risotada al aire tibio de la tarde denotaba que ya no era tan crédulo.

La muñeca derecha le dolía y también algunas magulladuras del cuerpo. El día anterior había sostenido una terrible riña con “El corte”. Por fortuna había ocurrido en las duchas y el otro no pudo recurrir a su cuchillo.

Sentado bajo un árbol su mente volvió a repetirle esa cruenta película. Le recordó que durante la ausencia de uno de los cuidadores “El corte” comenzó a castigar al “Calandria”, morenito débil y callado que era como una sombra: siempre estaba por allí y si no estaba no se notaba.

En realidad lo único que hizo “Ojitos tristes” fue tratar de separarlos, pero el abusador se las tomó con él. Se encontró de pronto recibiendo el embate de “El corte” en medio de un cobarde corrillo atosigador que no lo alentaba a él precisamente.

El rufián lo había atacado de súbito y varios golpes dieron de lleno en su rostro. En algún momento se encontró sintiendo una molestia que le hacía mantener entrecerrado un ojo; más tarde cató en sus labios el sabor dulzón de la sangre. Como pudo comenzó a detener algunos puñetazos, luego pasó a defenderse con más facilidad pues los golpes eran profusos pero débiles.

Eso se sumó a su amor propio, alentándolo a lanzar también los suyos, primero con cierta timidez y luego, al notar la sorpresa que su actitud causaba en el otro, con más vehemencia.

Los testigos, viendo el rostro sangrante que “Ojitos tristes” no podía verse, aplacaron su gritería ya con cierta preocupación, cosa que aquél atribuyó a la valentía que demostraba. Suponer esto lo estimuló aún más, castigando a su oponente con postura salvaje.

No estaba acostumbrado al rigor el pendenciero, quien comenzó a percibir en “Ojitos tristes” la mirada firme y amenazante de su verdugo. Veía los ojos de aquél rostro sanguinolento y que ya

debería estar sobre las baldosas, rebosantes de ímpetu, y no podía entenderlo. Él también se encontraba magullado y sólo atinaba a defenderse cuando exclamó, levantando los brazos y alejándose de Ojitos tristes:

—¡No peleo más, no peleo más! ¡Ganaste!

Pero el chico estaba fuera de sí y fue tras él con los ojitos agigantados, espeluznantes en un rostro casi amorfo por los golpes. Llevaba los dientes apretados, por lo cual debería ser imposible percibir la suerte de gruñido animal que acompañaba sus puñetazos.

Sin aceptar la rendición lo aferró con fuerza del cuello hasta escuchar los gritos del guardia que regresaba. Al sentir su garganta libre de presión y la presencia del guardia acercándose “El corte” atinó a decir agónicamente: —¡Esta noche te mato!

Mientras se separaba de su enemigo, “Ojitos tristes” sintió que su temor volvía. El resto de los presentes lo observaban incrédulos y hasta admirados, por eso mantuvo apretados con fuerza sus dientes, para contener las lágrimas que parecían subirle desde el pecho.

No dudó un instante que ese muchacho tenía un problema en el cerebro. También estuvo seguro que su carencia de escrúpulos lo llevaría a deslizarse hasta su litera en la noche para apuñalarlo en forma cobarde y salvaje. Aunque estaba aprendiendo que a los obstáculos hay que enfrentarlos con decisión, también sabía que a la suerte no hay que torearla, por eso aquella fue la segunda vez que escapó del orfanato.

Sentado junto al puente notó que unos metros más allá se extendía la terminal de las líneas de ómnibus, que todos llegaban llenos de gente y que en ese lugar había muchas carnicerías.

Ojitos ignoraba que el gobierno había impuesto una veda interna para el consumo de carne vacuna dentro de Montevideo. Muchas personas se transportaban al departamento vecino a efectos de adquirirla, de allí la importante afluencia de personas que él notara.

También vio que un hombre, bajito y patizambo, se acercaba a cada transporte que llegaba y hablaba con la gente. Averiguó que promocionaba a una cercana carnicería a la que también guiaba a los interesados. Es posible que los topetazos recibidos le hicieran madurar de golpe, lo cierto es que si bien muchas veces había pensado en trabajar esa fue la primera vez que lo hizo.

Estuvo varios meses acarreando clientes para otra de las carnicerías del lugar, obteniendo así el dinerito que le permitía comer, comprarse sus cigarrillos y descubrir el exquisito sabor de Bilz Sinalco, que sería su refresco favorito hasta que se dejara de producir en el país. Pudo incluso ahorrar algunas monedas y verificar que aquél lugar era demasiado opaco comparado con Montevideo, al que volvía los fines de semana.

Una de sus últimas incursiones por la ciudad le quitó la curiosidad que sentía por conocer la gran tienda, desaparecida, "London París". Aguardó que una señora ingresara con su hijo y se les acopló como si llegaran juntos. Tras ellos recorrió varios pisos, pero en "Juguetería" se distrajo con la inmensa variedad de maravillosos trastos existente y de pronto se encontró sin saber qué decir a una vendedora, muy agria, que apareció a su lado. Por las escaleras recorrió un par de pisos más, entre curioseando y huyendo, hasta que lo aferraron del brazo, lo metieron en el ascensor y llevaron directo a la calle. Sintió odio y se prometió volver un día, rebozando billetes, para refregárselos en las narices. Le regocijaba pensar que entonces recorrería minuciosamente cada sección pero no les compraría nada.

Al atardecer volvió a la zona de las carnicerías luego de su día de asueto. Desde la radio del chofer del ómnibus en el cual regresaba sonaba un lánguido tema musical en inglés. Es posible que de conocer el significado de la letra a "Ojitos tristes" le gustara, inclusive que prestara más atención a la música, a la cual no solía tener en cuenta. Lo cierto es que descendió tarareando aquella melodía de Dylan, la que en español afirmaba algo así como:

“¿Cuántos caminos debe un hombre recorrer antes que lo llamen hombre? La respuesta, amigo mío, está en el soplado del viento.”

Acarreando clientes para su patrón se mantuvo hasta que comenzaron los primeros fríos y decidiera volver al orfanato. Se sentía maduro y estaba dispuesto a poner en su lugar a ese mal criado jugando a matoncito; casi que se lamía por volver, sopapearlo y esperar a que por la noche viniera “a matarlo”.

Pero por aquél entonces “El corte” se había fugado de allí para siempre. También su indisciplina había madurado y su siguiente internación sería en la penitenciaría años más tarde y tras una extensa sucesión de delitos. Es posible que nunca lo supieran, pero la muerte les fijó una cita definitiva en un punto distante del futuro. Esa vez “El corte” cumpliría lo prometido.

Entre ambos momentos correría la vida de uno y otro. No interesa en absoluto la oscura epopeya delictiva de “El corte”. Al menos por su dignidad, sigamos el soplado del viento del pequeño huérfano, quien tras cumplir la mayoría de edad y con su vida anterior grabada en la mirada, salió al mundo con un oficio y la idea, por demás estéril, de ubicar a su madre.